

NARCISO Y GOLDMUNDO

HERMANN HESSE

NARCISO
Y GOLDMUNDO



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Narziss und Goldmund*

Traducción: Luis Tobío

Diseño de la cubierta: Edhasa

Segunda edición revisada: noviembre de 2015

© Hermann Hesse, 1957
Todos los derechos reservados por Suhrkamp Verlag,
Frankfurt am Main
© 2007, 2015 de la presente edición: Edhasa
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-84-350-0921-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 25640-2015

Impreso en España

NARCISO Y GOLDMUNDO

CAPÍTULO I

Ante la puerta de entrada del convento de Mariabronn –un arco de medio punto sustentado en pequeñas columnas geminadas– se alzaba, en el mismo borde del camino, un castaño, solitario hijo del mediodía que un romero había traído en otro tiempo, árbol gallardo de robusto tronco. Su redonda copa pendía blandamente sobre el camino y aspiraba las brisas a pleno pulmón. Por la primavera, cuando todo era ya verde en derredor y hasta los nogales del convento ostentaban su rojizo follaje nuevo, aún demoraba buen trecho la aparición de sus hojas. En la época en que son más cortas las noches, hacía surgir de entre la fronda los pálidos rayos verdeclaros de sus extrañas flores, cuyo áspero olor evocaba recuerdos y oprimía. Y en octubre, recogida la uva y las otras frutas, caían de su copa amarillenta, al soplo del viento del otoño, los espinosos erizos, que no todos los años llegaban a madurez, y que los rapaces del convento se disputaban y el subprior Gregorio, oriundo de Italia, asaba en la chimenea de su celda. Exótico y tierno, el hermoso árbol mecía ante la puerta del convento su copa, huésped delicado y friolento venido de otras regiones, pariente secreto de las esbeltas y mellizas columnas de arenisca de la entrada y de los adornos, labrados en piedra, de ventanas, cornisas y pilares, amado de los italianos y otras gentes latinas, y pasmo, por extranjero, de los naturales del país.

Varias generaciones de alumnos del convento habían ya pasado bajo aquel árbol forastero: las pizarras bajo el brazo, parlotando, riendo, jugando, riñendo, según la estación descalzos o calzados y con una flor en la boca, una nuez entre los dientes o una bola de nieve en la mano. Constantemente llegaban nuevos muchachos; cada dos años las caras eran otras, en su mayoría parecidas, con pelo rubio y ensortijado. Algunos se quedaban allí, se hacían novicios, luego monjes, eran tonsurados, vestían hábito y cordón, leían libros, adoctrinaban a los muchachos, envejecían, morían. Otros, terminados los estudios, regresaban a sus hogares, ora castillos nobiliarios ora moradas de comerciantes o artesanos, corrían por el mundo entregados a sus diversiones y quehaceres, quizá, ya hombres cabales, hacían alguna vez una visita al convento, llevaban a los frailes sus hijos pequeños para que recibieran enseñanza, permanecían un instante contemplando, sonrientes y pensativos, el viejo castaño y tornaban a desaparecer. En las celdas y salones del convento, entre los sólidos arcos semicirculares de las ventanas y las recias columnas geminadas de piedra roja, se vivía, se enseñaba, se estudiaba, se administraba, se gobernaba; muchas especies de artes y ciencias, sagradas y profanas, claras y recónditas se cultivaban en aquel lugar, y se transmitían de unas generaciones a otras. Los religiosos escribían y comentaban libros, ideaban sistemas, coleccionaban obras de los antiguos, hacían códices miniados, velaban por la fe del pueblo y se sonreían de ella. Erudición y piedad, candor y disimulo, sabiduría del Evangelio y sabiduría de los griegos, magia blanca y magia negra, todo florecía allí en mayor o menor grado, para todo había lugar. Había lugar tanto para la vida anacorética y la penitencia como para la sociabilidad y las comodidades; del carácter del abad que estuviese al

frente y de las tendencias dominantes de la época dependía el que prevaleciera y predominara lo uno o lo otro. Unas veces el convento gozaba de renombre y era muy visitado por causa de sus exorcistas, otras por su música excelente, otras por algún santo varón que realizaba curaciones y prodigios, otras por sus sopas de lucio y sus pasteles de hígado de venado, cada cosa en su tiempo. Y entre la grey de monjes y discípulos, de los devotos y los tibios, los que ayunaban y los que se regalaban, entre los muchos que allá iban, vivían y morían, siempre había alguno singular a quien todos querían o a quien todos temían, que parecía elegido y del que seguía hablándose largo tiempo, cuando sus contemporáneos habían caído ya en el olvido.

También ahora moraban en el convento de Mariabronn dos individuos singulares, el uno viejo y el otro joven. Todos los hermanos, cuya muchedumbre llenaba celdas, capillas y aulas, los conocían y tenían fija en ellos su atención. El viejo era el abad Daniel, y el joven, el educando Narciso, quien, aunque había comenzado el noviciado hacía poco, se le empleaba ya, debido a sus excepcionales dotes y pasando por alto la costumbre, como maestro, especialmente en griego. Los dos, el abad y el novicio, gozaban de gran prestigio en la casa y eran objeto de curiosa observación; se les admiraba y se les envidiaba, y, en secreto, se les censuraba también.

Los más profesaban afecto al abad. No tenía enemigos; era un hombre lleno de bondad, de sencillez, de humildad. Únicamente los eruditos del convento mezclaban en su amor cierto desdén, pues el abad Daniel, aunque fuese un santo, un letrado ciertamente no era. Poseía esa simplicidad que es sabiduría, pero su latín era modesto y el griego lo desconocía por completo.

Esos pocos que, en algunas ocasiones, se sonreían de la candidez del abad eran los que más entusiasmo sentían por Narciso, el niño prodigio, el apuesto jovenzuelo, con su elegante griego, sus aristocráticos modales, su serena y penetrante mirada de pensador y sus labios finos, hermosos y enérgicos. Los espíritus cultos lo apreciaban por su maravilloso conocimiento de la lengua griega, la gran mayoría de sus compañeros lo amaba por su distinción y su nobleza, y muchos se habían prendado de él. Y el que fuera tan reposado y contenido y tuviera tan cortesanías maneras desagradaba a algunos.

El abad y el novicio soportaban, cada cual a su modo, el destino de los elegidos, y también dominaban y sufrían cada cual a su modo. Sentían ambos mayor afinidad y atracción entre sí que respecto a todos los demás moradores del convento; y sin embargo ni solían reunirse a solas ni podían acostumbrarse a su mutua compañía. El abad trataba al joven con la mayor solicitud, con la mayor consideración; lo cuidaba como a un hermano excepcional, frágil, quizá maduro antes de tiempo, quizás en peligro. El joven recibía todos los mandatos, consejos y alabanzas del abad con irreprochable actitud; jamás contradecía, jamás se malhumoraba; y si era exacto el juicio del abad de que no tenía más defecto que el orgullo, ese defecto sabía ocultarlo a maravilla. Nada podía decirse de él: era perfecto y superior a todos. Empero, fuera de los eruditos, tenía pocos amigos verdaderos; su distinción lo envolvía como en un aire helado.

—Narciso —le dijo en cierta ocasión el abad, tras oírlo en confesión—: Yo me acuso de haber formado sobre ti un juicio severo. Te he tenido a menudo por orgulloso, lo que acaso sea injusto. Estás muy solo, joven hermano mío, vives

aislado y, aunque no te faltan admiradores, careces de amigos. Quisiera tener motivo para censurarte en alguna ocasión mas no lo encuentro. Quisiera que fueses, de cuando en cuando, indócil, como suelen ser los muchachos de tu edad. Nunca lo eres. A veces me preocupas un poco, Narciso.

El joven abrió sus ojos oscuros y miró al anciano.

—Deseo con toda mi alma, reverendo padre, no causaros la menor preocupación. Quizá sea yo, en efecto, orgulloso, reverendo padre. Y os pido que me impongáis la consiguiente pena. Yo mismo siento a veces el deseo de castigarme. Enviadme a una ermita, padre, o bien mandadme realizar menesteres inferiores.

—Eres demasiado joven para lo uno y lo otro, hermano querido —dijo el abad—. Sin contar que, dada tu aptitud para las lenguas y tu talento, supondría despreciar esos dones que Dios te ha dado el que yo te encomendara menesteres inferiores. Es más que probable que llegues a ser maestro y erudito. ¿Por ventura no lo anhelas tú mismo?

—Perdonad, padre; no sé, en forma cabal, lo que deseo. Sin duda que siempre me proporcionarán gozo las ciencias; no podría ser de otro modo. Pero no creo que sean las ciencias, en el futuro, mi único campo de actividad. No son siempre los deseos los que determinan el destino y la misión de un hombre, sino otra cosa, algo predeterminado.

El abad escuchaba y se iba poniendo serio. Sin embargo, su viejo rostro se iluminó con una sonrisa cuando dijo:

—El conocimiento que he alcanzado a tener de los hombres me lleva a pensar que todos nosotros, especialmente en la mocedad, propendemos un tanto a confundir la providencia con nuestros deseos. Y ya que crees conocer de antemano tu sino, quisiera que me dijese para qué te consideras llamado.

Narciso entornó sus ojos oscuros, que desaparecieron bajo las largas pestañas negras. Permanecía callado.

—Habla, hijo mío —profirió admonitoriamente, tras prolongada espera, el abad. Y Narciso, la voz apagada, los ojos caídos, comenzó a hablar:

—Creo saber, reverendo padre, que estoy, ante todo, determinado para la vida del claustro. Estoy convencido de que seré monje, sacerdote, subprior y acaso abad. Y esto no lo creo porque lo desee. No son cargos lo que mi deseo busca. Pero los cargos me serán impuestos.

Los dos estuvieron callados un buen rato.

—¿Y por qué crees tal cosa? —preguntó con voz pausada el anciano—. ¿Qué cualidad tuya, aparte el saber, es la que se manifiesta en tal creencia?

—Es una cualidad —dijo Narciso lentamente— que consiste en sentir y darme cuenta de la índole y sino de las personas, no sólo de los míos sino también de los de los otros. Esa cualidad me obliga a servir a los demás, dominándolos. Si no hubiese nacido para la vida del claustro, tendría que ser juez u hombre de Estado.

—Podiera ser —asintió el abad con la cabeza—. ¿Por ventura has experimentado en casos concretos ese don tuyo de conocer a los hombres y sus destinos?

—Ciertamente.

—¿Estarías dispuesto a señalarme algún ejemplo?

—Lo estoy.

—Perfectamente. Como yo no quisiera penetrar en los secretos de nuestros hermanos ni en lo que puedan saber, ¿querrías decirme lo que piensas saber sobre mí, sobre tu abad Daniel?

Narciso alzó los párpados y miró al abad a los ojos.

—¿Es una orden, reverendo padre?

–Sí, es una orden.

–Muy duro se me hace hablar, padre.

–También a mí se me hace duro, hermano, ordenarte que hables. Y lo hago. ¡Habla!

Narciso bajó la cabeza y dijo musitando:

–Poco es lo que de vos sé, reverendo padre. Sé que sois un servidor de Dios a quien más placería apacentar cabras o tañer la esquila de una ermita y confesar a los labriegos que regir un gran convento. Sé que profesáis especial amor a Nuestra Señora la Madre de Dios y que es a ella a quien principalmente dirigís vuestros rezos. Unas veces rezáis por que las ciencias griegas y de otras especies que en este convento se cultivan jamás lleguen a acarrear confusión ni daño a las almas de vuestros subordinados. Otras veces rezáis por que no lleguéis a perder la paciencia con el subprior Gregorio. Y otras pedís un dulce final. Y yo estoy seguro que seréis oído y que tendréis una muerte tranquila.

Se hizo el silencio en el pequeño gabinete del abad. Finalmente habló el anciano.

–Eres un iluso y tienes visiones –declaró en tono amistoso–. Y las visiones pías y amables pueden ser también engañosas; no te fíes de ellas como yo tampoco me fío... Dime, hermano iluso, ¿eres capaz de ver lo que en el fondo del corazón pienso sobre este asunto?

–Veo, padre, que vuestros pensamientos son sumamente benévolos. Pensáis lo siguiente: «Este joven corre cierto peligro, tiene visiones, tal vez ha meditado demasiado. Quizá deba ponerle una penitencia, no le hará mal. Pero la penitencia que le imponga la tomaré también sobre mí»... Esto es lo que hace poco pensabais.

El abad se levantó. Y sonriendo, hizo al novicio una inclinación con la cabeza para despedirse.

—Está bien —dijo—. No tomes tus visiones demasiado en serio, hermano; Dios nos exige algo más que tener visiones. Admitamos que has halagado a un viejo anunciándole una muerte tranquila. Y admitamos también que el viejo ha escuchado complacido un instante tal anuncio. Ya es bastante. Mañana, después de la misa del alba, rezarás un rosario; lo rezarás con humildad y recogimiento y no a la ligera, y yo haré lo mismo. Y ahora vete, Narciso; hartos hemos hablado.

En otra ocasión, tuvo el abad Daniel que mediar entre el más joven de los padres maestros y Narciso, que no se habían podido poner de acuerdo sobre cierto punto del plan de estudios. Narciso insistía con gran empeño en que se introdujeran ciertos cambios en la enseñanza y los justificaba con convincentes razones; mas el padre Lorenzo, llevado de una especie de celos, se negaba a aceptarlos. A cada conversación que sobe el tema sostenían, seguían días de desazonado silencio y de enfurruño, hasta que Narciso, seguro de estar en lo cierto, tornaba a tocar el tema.

El padre Lorenzo terminó por decirle, un tanto ofendido:

—Vamos a poner término a esta disputa, Narciso. Bien sabes que es a mí a quien corresponde decidir y no a ti, porque tú no eres mi colega sino mi ayudante y tienes que someterte a mi criterio. Pero ya que la cuestión te parece de tanta urgencia y mi superioridad se debe a la jerarquía, y en modo alguno al saber y al talento, no quiero tomar yo la decisión sino que llevaremos el asunto al padre abad y que él resuelva.

Así lo hicieron. Y el abad Daniel escuchó con paciencia y amabilidad la disputa de los dos letrados sobre la manera como debía enseñarse la gramática. En cuanto cada cual hubo expuesto y fundamentado con todo detalle sus pun-

tos de vista, el anciano los miró con expresión bienhumorada, meneó un poco la encanecida cabeza y dijo:

—Sobrado sabéis, mis amados hermanos, que de esas cosas entiendo menos que vosotros. Narciso merece elogio por tomarse tanto interés por la escuela y querer mejorar el plan de estudios. Pero si su superior es de otro parecer, Narciso no tiene más remedio que callarse y obedecer, pues el mantenimiento del orden y la disciplina en esta casa vale más que todas las reformas escolares. Tengo que censurar a Narciso por no haber sabido ceder. Y, por lo demás, jóvenes eruditos, hago votos por que nunca os falten superiores menos inteligentes que vosotros; nada hay mejor contra el orgullo.

Y con esta bondadosa agudeza los despidió. Pero en los días siguientes no dejó de observarlos para ver si entre ellos volvía a haber paz y armonía.

Una nueva cara hizo por entonces su aparición en el convento, que tantas veía ir y venir, y aquella nueva cara no era de las que pasaban inadvertidas y se olvidaban pronto. Tratábase de un mozo a quien su padre había hecho inscribir hacía tiempo y que llegó un día de primavera para seguir estudios en el colegio conventual. Apenas el muchacho y su padre ataron los caballos al tronco del castaño, salió por la puerta del convento, a su encuentro, el hermano portero.

El joven alzó la mirada hacia el árbol, que mostraba aún la desnudez del invierno.

—Nunca vi un árbol como éste —dijo—. Es hermoso, admirable. Me gustaría saber qué nombre tiene.

El padre, hombre entrado en años, de rostro cuidado y un tanto amargado, no hizo el menor caso de las palabras del jovenzuelo. Pero el portero, a quien el garzón cayó en

gracia desde el primer momento, satisfizo su curiosidad. Él se lo agradeció gentilmente, le tendió la mano y le dijo:

—Me llamo Goldmundo y vengo a estudiar en la escuela.

El hermano, tras dirigirle una sonrisa, condujo a los recién llegados a través de la puerta principal, y subió con ellos la amplia escalera de piedra. Goldmundo entraba en el convento sin el menor temor, seguro de haber encontrado ya en aquel lugar dos seres de quienes podía hacerse amigo: el árbol y el portero.

Los forasteros fueron recibidos primeramente por el padre regente, y al anochecer los recibió también el abad. En ambas entrevistas, el padre de Goldmundo, funcionario imperial, presentó a su hijo y fue invitado a quedarse unos días como huésped de la casa. Sin embargo, sólo hizo uso por una noche de la hospitalidad que se le ofrecía, alegando tener que regresar al día siguiente. Ofreció al convento uno de sus dos caballos y el regalo fue aceptado. La conversación con los religiosos discurrió cortés y fría; pero tanto el abad como el padre regente miraban con gran complacencia a Goldmundo, que permanecía respetuosamente callado; desde el primer momento sintieron simpatía por aquel joven hermoso y tierno. Al día siguiente, vieron partir al padre sin el menor pesar, y muy contentos se quedaron con el hijo. Goldmundo fue presentado a los maestros, y se le asignó una cama en el dormitorio de los escolares. Reverente y entristecido, se despidió de su padre y permaneció sin moverse del sitio, siguiéndolo con la mirada, hasta que hubo desaparecido por la angosta puerta arqueada del patio exterior, entre el granero y el molino. Una lágrima pendía de sus largas pestañas rubias cuando se volvió; y entonces se le acercó el portero y le dio un amable golpecillo en el hombro.

—No te pongas triste, señorín —le dijo en tono de consuelo—. Los más de los que aquí llegan sienten al comienzo una miaja de morriña, del padre, de la madre, de los hermanos. Pero pronto verás que aquí no se pasa mal, en modo alguno.

—Gracias, hermano portero —profirió el mozo—. No tengo ni hermanos ni madre; sólo padre.

—En tal caso, encontrarás aquí camaradas y sabiduría y música y juegos nuevos que no conoces, y otras mil cosas, ya verás. Cuando necesites estar con alguien que te quiera bien, ven junto a mí.

Goldmundo le dirigió una sonrisa.

—¡Oh, gracias, muchas gracias! Si deseáis proporcionarme ya una alegría, llevadme sin demora junto al caballo que dejó mi padre. Quisiera saludarlo y ver cómo se encuentra.

El portero lo condujo *incontinenti* a la cuadra que estaba junto al granero. Percibíase allí, en medio de la tibia penumbra, un penetrante olor a caballo, a estiércol y a cebada. Junto a uno de los pesebres, Goldmundo descubrió al caballo zaino que le había traído. El animal le reconoció enseguida y alargó hacia él la cabeza. El muchacho le echó los brazos al cuello, apretó la mejilla contra aquella ancha frente moteada de blanco y, acariciándolo tiernamente, le susurró al oído:

—¡Hola, mi *Careto* valiente, mi caballito lindo! ¿Cómo te va? ¿Me sigues queriendo? ¿Te dan bien de comer? ¿Te acuerdas mucho de casa? ¿Qué bien, mi trotoncillo, mi *Caretilo*, que te hayas quedado aquí conmigo! He de venir muchas veces a tu lado, para estar contigo, para verte.

Y extrayendo de la bocamanga un trozo del pan del desayuno, que había apartado, se lo dio a comer en pedacitos. Luego se despidió de él y siguió al portero hasta el patio,

que era tan grande como la plaza del mercado de una gran ciudad y estaba poblado parcialmente de tilos. En la entrada interior dio las gracias al portero y le tendió la mano; y enseguida advirtió que ya se había olvidado del camino para ir a su aula, que el día anterior le habían enseñado. Soltó una breve risa, se sonrojó y suplicó al portero que lo llevara allá, lo que él hizo de buen grado. Instantes después entraba en la clase. En los bancos se hallaban sentados hasta una docena de muchachos, y el ayudante Narciso se volvió.

—Soy Goldmundo —dijo—, el nuevo alumno.

Narciso lo saludó con pocas palabras, sin sonreírse, le indicó un lugar en el último banco y prosiguió su tarea.

Goldmundo se sentó. Le sorprendió encontrarse con un maestro tan joven, apenas unos años mayor que él, y también le sorprendió y le alegró sobremanera el que fuese tan apuesto, tan distinguido, tan serio y, a la vez, tan atrayente y encantador. El portero se le había mostrado muy atento, el abad lo había recibido afectuosamente, allá en la cuadra estaba *Careto*, que era un pedacito de la patria; ¡y héte ahora aquí este maestro asombrosamente joven, grave como un erudito y delicado como un príncipe, y con esta voz serena, reposada, mesurada, cautivadora! Escuchaba complacido lo que allí se decía, aunque no lo comprendiera desde el primer momento. Se sentía feliz. Había venido a dar en medio de unos hombres excelentes, amables, y estaba decidido a amarlos y a buscar su amistad. Por la mañana, cuando se encontraba en el lecho, luego de despertarse, había notado una opresión, y que aún no había desaparecido el cansancio del largo viaje; y al despedirse de su padre, había tenido que llorar un poco. Pero ahora habían desaparecido esas murrias, estaba contento. Contemplaba una y otra vez, y largamente, al joven profesor, recreándose en su porte

erguido y esbelto, sus ojos de brillar frío, sus labios enérgicos que formaban las sílabas con claridad y firmeza, su voz alada, infatigable.

Mas cuando hubo terminado la clase y los discípulos se levantaron ruidosamente de sus asientos, Goldmundo dio un respingo y advirtió, un tanto avergonzado, que había estado durmiendo un buen rato. Y no fue él sólo quien lo advirtió, sino también sus compañeros de banco, que lo comunicaron por lo bajo a los demás. Y apenas el joven profesor abandonó el aula, los discípulos se lanzaron sobre Goldmundo, dándole tirones y empellones de todos lados.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó uno riéndose burlescamente.

—¡Magnífico alumno! —soltó otro con mofa—. No hay duda de que llegará a ser una lumbrera. Marmotea ya en la primera lección.

—Metamos en la cama al pequeñuelo —propuso otro. Y le agarraron por los brazos y las piernas para llevárselo entre risas.

El sobresalto que ello produjo a Goldmundo se convirtió en iracundia. Repartió cachetes a su alrededor, intentó desembarazarse, recibió varios golpes y, al cabo, lo dejaron; sólo uno le seguía sujetando un pie. De un fuerte tirón logró soltarse de éste y se abalanzó sobre el más vigoroso, que le hizo frente y se enzarzó con él en furiosa pelea. Su adversario era un sujeto fornido; todos los presentes contemplaban la lucha con gran emoción. Como Goldmundo no era vencido y conseguía asestar algunos buenos puñetazos al forzado, empezó a ganarse amigos entre los camaradas, antes de que conociera el nombre de ninguno. Pero, de pronto, todos se largaron de allí atropelladamente; y apenas desapareció el último entró el padre Martín, el regen-

te, quien se detuvo delante del muchacho, que se había quedado solo. Sorprendido, contemplaba al joven, cuyos ojos azules tenían un mirar desconcertado en aquel rostro congestionado y un tanto maltrecho.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó—. ¿Tú eres Goldmundo, verdad? ¿Te han hecho algo esos pícaros?

—No, no —dijo el mozo—. Ya le ajusté las cuentas.

—¿A quién?

—No sé. No conozco aún a ninguno. Uno de ellos se peleó conmigo.

—¿Ah sí? ¿Fue él quien empezó?

—No lo sé. No, creo que fui yo mismo el que empezó. Quisieron burlarse de mí y me enojé.

—¡Bien empiezas, hijo mío! Te advierto, pues, que si te vuelves a pelear aquí en el aula serás castigado. Y ahora a tomar la merienda. ¡Andando!

El padre, sonriendo, lo siguió con la mirada. Iba avergonzado y, mientras caminaba, trataba de peinarse con los dedos el rubio y revuelto cabello.

El propio Goldmundo reconocía que el primer acto de su vida en el convento había sido en extremo grosero y desatinado; y, harto arrepentido, buscó y encontró en la merienda a sus condiscípulos. Fue acogido con toda consideración y cordialidad, se reconcilió caballerosamente con sus enemigos y, desde aquel instante, se sintió plenamente aceptado en el grupo.

CAPÍTULO II

Aunque era buen amigo de todos, no encontró enseguida un verdadero amigo; entre sus condiscípulos no había ninguno respecto al cual sintiera singular afinidad o inclinación. Ellos, en cambio, estaban maravillados de haber encontrado en el arrojado púgil –en el que creyeran ver un simpático camorrista– a un compañero extremadamente pacífico que más bien parecía aspirar a la gloria de un alumno ejemplar.

Había en el convento dos hombres que cautivaban su corazón, que le placían, que ocupaban su pensamiento y por los que sentía admiración, amor y respeto: el abad Daniel y el ayudante de clase Narciso. El abad se inclinaba a tenerlo por un santo; su sencillez y bondad, su mirada clara, atenta, su modo humilde de mandar y regir como si estuviera cumpliendo un servicio, sus ademanes corteses y reposados, todo en él le atraía poderosamente. Nada le agradaría más que llegar a ser el servidor personal de este hombre piadoso, obediéndole y atendiéndole constantemente, haciéndole permanente ofrenda de su juvenil impulso de devoción y entrega, y aprendiendo de él una vida pura, noble, santa. Pues Goldmundo se proponía no tan sólo concluir los estudios de la escuela sino, además, de ser posible, quedarse en el convento del todo y para siempre y consagrar su vida a Dios. Tal era su voluntad, tal el deseo y mandato

de su padre, y eso mismo había Dios determinado y exigido. Aunque nadie parecía advertirlo, aquel muchacho gallardo, radiante, llevaba una carga sobre sí, una carga original, una secreta determinación para la penitencia y el sacrificio. Ni el abad lo descubrió, pese a que el padre de Goldmundo le había hecho ciertas indicaciones y le había expresado francamente su deseo de que el hijo se quedara para siempre allí, en el convento. Cabía pensar que hubiese alguna mancha en el nacimiento de Goldmundo, algo que se callaba y que reclamaba expiación. Pero el abad, a quien el padre no resultó agradable, había acogido sus palabras y su persona toda, un tanto presuntuosa, con cortés frialdad y no dio a sus indicaciones mayor importancia.

El otro que había despertado el amor de Goldmundo veía con más penetración y adivinaba más, pero se mantenía retraído. Narciso se había dado cuenta cabal de qué encantador pájaro de oro había volado hacia él. Aislado en su excelencia y superioridad, venteó enseguida en Goldmundo al espíritu afín, aunque semejaba en todo su contrario. Mientras Narciso era sombrío y magro, Goldmundo aparecía radiante y lleno de vida. Y así como el primero parecía ser un espíritu reflexivo y analítico, el segundo daba la impresión de ser un soñador y tener alma infantil. Pero, por encima de las contraposiciones, había algo común que los unía: ambos eran hombres distinguidos, ambos se diferenciaban de los otros por ciertas señales y dotes manifiestas y ambos habían recibido una especial advertencia del destino.

Con apasionado fervor inició Narciso el contacto con esta alma joven cuya índole y destino ya había descubierto. Y Goldmundo, por su parte, profesaba encendida admiración a su hermoso e inteligentísimo maestro. Pero Gold-

mundo era tímido; no se le ocurría otro procedimiento para ganarse a Narciso que el de esforzarse hasta el agotamiento en ser un discípulo atento y estudioso. Y no era sólo la timidez lo que le detenía. Deteníale también cierto sentimiento de que Narciso era para él un peligro. No podía tener a un tiempo por ideal y por modelo al bueno y humilde abad y al agudo, erudito y precoz Narciso. Y, sin embargo, perseguía con todas las espirituales energías de su mocedad los dos ideales incompatibles. Esto le hacía sufrir a menudo. A veces, en los primeros meses de su permanencia en la escuela, sentía en el corazón tal confusión y desgarramiento que le venía con fuerza la tentación de huir de allí o de desahogar en el trato con sus camaradas su angustia y su interna cólera. Con frecuencia, cualquier pequeña broma o impertinencia de estudiantes encendía súbitamente en él, de ordinario bondadoso, tan violenta furia y enojo, que sólo haciendo apelación a todas sus fuerzas podía dominarse y alejarse de allí con los ojos cerrados, pálido como un cadáver y en silencio. Iba entonces a la cuadra, junto al caballo *Careto*, apoyaba la cabeza en su cuello, lo besaba y se ponía a llorar. Y su dolencia fue agravándose y llegó a hacerse manifiesta. Se le enflaquecieron las mejillas, tenía a menudo la mirada apagada y se hizo rara aquella risa suya que todos amaban.

Ni él mismo sabía lo que le pasaba. Era su más sincero deseo y voluntad ser un buen alumno, iniciar prontamente el noviciado y convertirse luego en un piadoso y tranquilo hermano de los padres; creía que todas sus energías y facultades se orientaban hacia ese pío y dulce propósito y nada sabía de otros afanes. Por eso le resultaba extraño y triste advertir cuán difícil era de alcanzar tan simple y hermoso objetivo. Desalentábale y sorprendíale descubrir a veces

en sí inclinaciones y estados de ánimo censurables: distracción y repelencia en el estudio, sueños y fantasías, o bien somnolencia en las lecciones, rebeldía y antipatía hacia el profesor de latín, irritabilidad y colérica impaciencia para con sus condiscípulos. Y lo más desconcertante era que su amor hacia Narciso no se compadecía bien con el que profesaba al abad Daniel. Al mismo tiempo, creía, en ocasiones, descubrir por íntima convicción que también Narciso le amaba, que se interesaba por él y que le esperaba.

Los pensamientos de Narciso se ocupaban de él mucho más de lo que el mozuelo presumía. Anhelaba trabar amistad con aquel joven hermoso, despejado, placiente; adivinaba en él su polo opuesto y su complemento, quisiera atraérselo, dirigirlo, instruirlo, elevarlo y conducirlo a plena floración. Pero se retraía. Y ello por varios motivos, casi todos conscientes. Se lo impedía, singularmente, la repugnancia que le inspiraban los maestros y monjes, no escasos en número, que se enamoraban de discípulos y novicios. Con harta frecuencia había él mismo sentido sobre sí la mirada codiciosa de hombres de edad y con harta frecuencia también había respondido a sus amabilidades y zalamerías con un mudo rechazo. Ahora los comprendía mejor. Veía cuán seductor sería amar al hermoso Goldmundo, provocar su risa encantadora, acariciar con tierna mano su cabello rubio. Pero jamás lo haría, nunca jamás. De otra parte, como ayudante de clase que tenía la condición de maestro, aunque sin su dignidad ni autoridad, se había acostumbrado a guardar una especial cautela y circunspección. Se había habituado a tratar a quienes eran casi de su misma edad como si les llevara veinte años, y también a evitar severamente toda preferencia hacia alguno de ellos y a mostrar la máxima justicia y solicitud con los escolares que le resul-

taban antipáticos. Su servicio era un servicio que prestaba al espíritu; a él había consagrado su austera vida, y únicamente en secreto, en momentos de flaqueza, se permitía recrearse en el orgullo y en su superior saber e inteligencia. No; por seductora que fuese la amistad con Goldmundo, constituía un peligro y no debía permitir que rozara la médula de su vida. La médula y el sentido de su vida era el servicio al espíritu, el servicio a la palabra; era la tranquila, excelsa, altruista tarea de dirigir a sus discípulos –y no sólo a ellos– hacia altos objetivos espirituales.

Más de un año llevaba ya Goldmundo en Mariabronn; muchas veces había jugado ya con sus camaradas, bajo los tilos del patio y bajo el bello castaño, los juegos escolares, a las carreras, a la pelota, a los bandidos y a las batallas con bolas de nieve. Era llegada la primavera, pero Goldmundo se sentía cansado y débil, le dolía a menudo la cabeza y, en la escuela, le costaba trabajo mantenerse despierto y atento.

Un anochecer le habló Adolfo, aquel alumno cuyo primer encuentro con él había sido una pelea y con quien, en el último invierno, había empezado a estudiar a Euclides. Era después de la cena, en aquella hora de libertad en que estaba permitido jugar en las celdas, charlar en las habitaciones de los escolares y también pasear por el patio exterior del convento.

–Goldmundo –le dijo cuando bajaba con él la escalera–: quiero revelarte algo, algo muy divertido. Pero como eres un joven ejemplar y acaso aspiras a ser obispo, dame primero tu palabra de que no faltarás al compañerismo y no me delatarás a los maestros.

Goldmundo se lo prometió sin reparo alguno. Él bien sabía que existía un honor conventual y un honor escolar que, a veces, eran antagónicos; pero, como en todas partes,

las leyes consuetudinarias tenían más fuerza que las escritas, y, mientras fuese estudiante, jamás infringiría las leyes y conceptos de honor del estudiantado.

Adolfo lo condujo cuchicheando, a través de la puerta del convento, bajo los árboles. Le contó que había unos cuantos camaradas resueltos, entre los cuales se contaba, que continuaban el viejo uso de acordarse, de cuando en cuando, que no eran monjes y abandonar por una noche el convento para ir al pueblo. Era una diversión y una aventura que no rehuía ningún hombre de pro. Se regresaba en la misma noche.

—Pero a esas horas está cerrada la puerta —objetó Goldmundo.

Naturalmente que estaba cerrada; en eso consistía, precisamente, la gracia de la cosa. Conocíanse empero caminos secretos para entrar sin ser notado; no era la primera vez.

Goldmundo recordaba. Ya había oído otra vez la frase «ir al pueblo». Con ella se designaban las excursiones nocturnas de los pupilos en busca de toda suerte de secretos placeres y aventuras. La ley del convento lo castigaba severamente. Se espantó. Ir al pueblo era pecado, estaba prohibido. Pero comprendía perfectamente que eso mismo podía engendrar en los «hombres de pro» la convicción de que el correr aquel riesgo era algo que el honor escolar imponía; y comprendía también que suponía una cierta distinción el ser invitado a tal aventura.

De buena gana hubiese respondido negativamente y retornado al convento a la carrera para meterse en la cama. Estaba muy fatigado, se sentía enfermo, le había dolido la cabeza toda la tarde. Pero se avergonzaba un poco delante de Adolfo. ¡Y quién sabe! Quizás encontrase allá afuera, en la aventura, algo hermoso y nuevo, algo que hiciera olvi-

dar el dolor de cabeza, la postración y todas las demás molestias. Era una excursión al mundo, escondida y prohibida, es verdad, no muy honrosa, mas, al cabo, tal vez una liberación, una experiencia. Permanecía vacilante mientras Adolfo le hablaba; y, de repente, se echó a reír y dijo que sí.

Adolfo y él se perdieron inadvertidos bajo los tilos en el ancho patio a oscuras cuya puerta exterior estaba ya cerrada a aquella hora. El camarada lo condujo al molino del convento, por donde, a causa del anochecer y el ruido de las ruedas, era fácil escabullirse sin ser vistos ni oídos. Por una ventana vinieron a dar, enteramente envueltos en tiniebla, sobre un húmedo y resbaladizo andamio de tablas de madera, una de las cuales hubieron de arrancar y colocar sobre el arroyo para pasar al otro lado. Estaban ya afuera, en el camino real, que despedía un resplandor apagado y desaparecía en el negro bosque. Todo aquello era emocionante y misterioso y agradaba sobremanera al muchacho.

En el linde del bosque se encontraba ya un camarada, Conrado, y, tras esperar un largo rato, llegó, a paso tirado, otro, el espigado Eberardo. Los cuatro mozos echaron a andar a través del bosque. Alzábase sobre sus cabezas rumor de aves nocturnas y algunas estrellas se mostraban con clara humedad entre tranquilas nubes. Conrado charlaba y contaba chistes y los otros se los reían a veces. Sin embargo, encima de ellos se cernía, temerosa y solemne, la emoción de la noche, y sus corazones latían con más fuerza.

Traspuesto el bosque, al cabo de una breve hora, llegaron al pueblo. Allí parecía dormir todo; las bajas fachadas fulguraban pálidamente, cruzadas por las oscuras viguetas del entramado, no había luz en parte alguna. Adolfo iba delante. Pasaron junto a varias viviendas despaciosamente y en silencio, saltaron una cerca, se encontraron

en un jardín, avanzaron por la blanda tierra de los arriates, tropezaron en unas escaleras y se detuvieron ante la pared de una casa. Adolfo pulsó en una puerta-ventana, aguardó, volvió a pulsar. Se percibía ruido en el interior y no tardó en verse luz; se abrió el postigo; y, uno tras otro, entraron por la ventana en una cocina de negra chimenea y suelo terrino. En el hogar había un pequeño candil en cuya tenue torcida temblaba una llama débil. Hallábase allí, de pie, una joven, una flaca moza campesina, que tendió la mano a los recién llegados; y, detrás de ella, apareció, surgiendo de la oscuridad, otra, una niña de largas trenzas negras. Adolfo llevaba consigo algunos obsequios, media hogaza del blanco pan conventual y algo más en una bolsa de papel: Goldmundo supuso que sería un poco de incienso o de cera o cosa parecida. La muchacha de las trenzas salió, tanteando, sin luz, la puerta, permaneció afuera un largo rato y volvió luego con una jarra grisácea ornada de flores azules que alargó a Conrado. Después de echar un trago, Conrado pasó la jarra a los otros y todos bebieron: era mosto de manzana.

Al fugor de la mezquina llama del candil, se sentaron las dos muchachas en unos pequeños y duros escabeles, y a su alrededor, en el suelo, los escolares. Pusiéronse a conversar en voz baja y, entretanto, corría el mosto; Adolfo y Conrado llevaban la palabra. A veces se levantaba uno de ellos y acariciaba el pelo y la nuca a la flaca; a la pequeña nadie la tocaba. Goldmundo pensaba que la mayor debía de ser la criada, y la linda pequeña, la hija de la casa. Por lo demás, le era indiferente; nada se le daba porque jamás volvería a este lugar. La evasión a hurtadillas y la marcha nocturna por el bosque, eso sí era hermoso; era algo nuevo, emocionante, misterioso y, ello no obstante, sin peligro. Cierto

que estaba prohibido; pero la violación de esa prohibición no agobiaba demasiado la conciencia. En cambio esto de ahora, esta visita nocturna a las muchachas, sentía que era algo más que una cosa simplemente prohibida, que era un pecado. Quizá para los otros se trataba asimismo de un pequeño desliz, mas no para él; a él, destinado a la vida del claustro y al ascetismo, no le estaba permitido jugar con muchachas. No; no volvería. Pero su corazón latía fuertemente y con temor en la penumbra candileña de la mísera cocina.

Sus compañeros se las echaban de héroes ante las jóvenes y se daban importancia intercalando frases latinas en la conversación. Los tres parecían gozar de favor con la criada, a la que se allegaban de tanto en tanto con sus pequeñas y desmañadas caricias, de las que la más tierna era un tímido beso. Demostraban conocer por modo cabal lo que aquí les estaba permitido. Y como toda la conversación discurría en tono de susurro, la escena resultaba un poco cómica, aunque Goldmundo no lo veía así. Encogido en el suelo, quieto, permanecía con los ojos fijos en la llamita del candil sin decir palabra. A veces, cogía al vuelo, con una mirada de soslayo un tanto anhelante, alguna de las ternizas que los otros se cambiaban. Por lo demás, tenía la vista clavada hacia delante. Mucho le hubiese agradado contemplar a su sabor a la pequeña de las trenzas; pero esto justamente se lo prohibía a sí mismo. Sin embargo, si alguna vez su voluntad se aflojaba y su mirada se extraviaba en el sereno y dulce rostro de la mozuela, siempre encontraba sus ojos oscuros fijos en él, contemplándolo como hechizada.

Transcurrida tal vez una hora —que a Goldmundo le parecía larguísima, la más larga de su vida— cesaron las charlas y ternuras de los escolares y se hizo la calma. Estaban un poco confusos y Eberardo empezó a bostezar. La criada les

indicó que era ya hora de partir. Todos se levantaron y le dieron la mano, Goldmundo el último. Luego se despidieron de igual modo de la muchacha, Goldmundo también el último. Y, finalmente, Conrado saltó por la ventana, siguiéndole Eberardo y Adolfo. Cuando Goldmundo iba a saltar, sintió que una mano lo sujetaba por el hombro. No podía detenerse; sólo cuando hubo posado los pies afuera, en el suelo, se volvió lentamente. A la ventana estaba asomada la jovencilla de las trenzas.

—¡Goldmundo! —musitó. Él permaneció inmóvil—. ¿Vendrás otra vez? —le preguntó seguidamente. Su tímida voz era tan sólo un hálito.

Goldmundo movió la cabeza negativamente. Ella tendió hacia él las manos y le tomó entre ellas la cabeza; Goldmundo sentía en las sienes el calor de aquellas manos pequeñas. Después, la muchacha se inclinó profundamente hasta allegar sus ojos oscuros a los del muchacho.

—¡Ven otra vez! —le susurró; y sus labios rozaron los de él en un beso infantil.

Echó a correr tras los otros por el pequeño jardín, tropezó y cayó sobre los arriates, percibió olor de tierra húmeda y de estiércol, se hirió la mano en un rosal, trepó por el vallado y siguió, trotando, a sus compañeros, alejándose del pueblo, a través del bosque. «¡Nunca más!», decía imperativamente su voluntad. «¡Vuelve mañana!», imploraba sollozando el corazón.

Nadie encontró a aquellos pájaros nocturnos y retornaron sin obstáculos a Mariabronn. Salvaron el arroyo, pasaron por el molino, cruzaron la plaza de los tilos, siguieron clandestinos caminos sobre los aleros y, al cabo, entraron, por una ventana ajimezada, en el convento y se encaminaron al dormitorio.

A la mañana siguiente, fue menester despertar a almodazos al espigado Eberardo, tan profundo era su sueño. Todos se presentaron a su hora en la misa del alba, en el desayuno, en el aula, pero Goldmundo tenía mala cara, tan mala que el padre Martín le preguntó si se encontraba enfermo. Adolfo le lanzó una mirada admonitoria y él dijo que no sentía nada. Pero en la clase de griego, a eso del mediodía, Narciso no le quitaba ojo de encima. También él había notado que Goldmundo estaba enfermo, pero se mantuvo callado y se limitó a observarlo atentamente. Al terminar la lección, lo llamó a su lado. Para no despertar sospechas en los alumnos, le encargó hacer algo en la biblioteca. Y allá lo siguió:

—Goldmundo —le dijo—, ¿puedo ayudarte en algo? Veo que no andas bien. Tal vez estés enfermo. Mejor será que te metas en cama; te haremos tomar un caldo y un vaso de vino. Hoy no tienes la cabeza para el griego.

Largo trecho estuvo esperando una respuesta. El pálido muchacho lo miraba con ojos turbados, bajó la cabeza, tornó a erguirla, frunció los labios, quiso hablar y no pudo. De pronto, se desplomó hacia un costado, apoyó la cabeza en un atril, entre los dos ángeles de roble que lo adornaban, y rompió a llorar. Narciso se quedó desconcertado y, durante un rato, permaneció con la vista apartada. Finalmente tomó por los brazos al sollozante y lo levantó.

—Bueno, bueno —dijo con amabilidad mucho mayor de la que Goldmundo había hasta entonces advertido en sus palabras—. Bueno *amice*, llora, que eso te aliviará enseguida. Siéntate y no hables. Bien se ve que no puedes más; tal vez has estado haciendo esfuerzos toda la mañana para mantenerte de pie y para que no se te notase nada, lo que merece encomio. Ahora llora libremente, es lo mejor que puedes

hacer. ¿No? ¿Ya has terminado? ¿Ya puedes tenerte de pie? Bien, ahora iremos a la enfermería y te acostarás y esta noche te encontrarás mejor. ¡Vamos!

Eludiendo los aposentos de los escolares, lo condujo a la enfermería, le indicó uno de los dos lechos vacíos que allí había y, cuando Goldmundo, obediente, empezó a desvestirse, salió a dar cuenta al padre regente de la enfermedad del muchacho. Encargó también para él en la cocina, como lo prometiera, una sopa y un vaso de vino de enfermo; ambos *beneficia*, muy usados en los conventos, placían sobremanera a la mayoría de los enfermos leves.

Mientras yacía en su lecho de enfermo, trataba Goldmundo de librarse de la confusión que lo poseía. Una hora antes quizás hubiese podido descubrir la causa de aquella inmensa fatiga, la índole de aquel mortal cansancio del alma que le dejaba vacía la cabeza y le hacía arder los ojos. Era el esfuerzo poderoso, renovado en cada minuto y en cada minuto frustrado, de olvidarse de la noche anterior... o, por mejor decir, no de la noche, no de la insensata y deliciosa huida del convento cerrado, ni de la caminata por el bosque, ni del improvisado y resbaladizo puentecillo sobre el negro arroyo molinero, ni tampoco del escalar cercas, entrar y salir por ventanas, deslizarse por corredores, sino únicamente de aquel instante junto a la oscura ventana de la cocina, del aliento y las palabras de la muchacha, de la presión de sus manos, del beso de sus labios.

Pero ahora había advenido otra cosa, un nuevo espanto, una nueva experiencia. Narciso se había interesado por él, Narciso lo amaba, Narciso lo amaba, Narciso se había molestado por él... El delicado Narciso, el distinguido, el inteligente, con su boca de labios finos y levemente burlescos. ¡Y él, por su parte, no había sabido contenerse en su

presencia, se sintió abochornado y se puso a balbucear y terminó con gemidos! En vez de ganarse a aquel ser superior con las más nobles armas, con el griego, con la filosofía, con heroísmo espiritual y un digno estoicismo, había perdido ante él la serenidad en manera flaca y lastimosa. Jamás se lo perdonaría a sí mismo, nunca jamás podría mirarle a los ojos sin avergonzarse.

Con el llanto se había descargado la gran tensión que experimentaba; la calma soledad de la estancia, el lecho amable le trajeron alivio; y su desesperación se mitigó. Pasada una hora, entró un hermano lego con una sopa de harina, un pedacito de pan y una pequeña copa llena de vino, del vino que los escolares solamente bebían los días de fiesta. Goldmundo comió y bebió, dejó el plato medio vacío, lo puso a un lado y quiso tornar a sus pensamientos, pero no pudo. Volvió a coger el plato y tomó unas cucharadas más. Y cuando, poco después, se abrió lentamente la puerta y entró Narciso para ver al doliente, lo encontró durmiendo y notó que le había vuelto el color a las mejillas. Estuvo un largo rato contemplándolo con amor, con inquiridora curiosidad y también con algo de envidia. Advertía que Goldmundo no estaba enfermo, que no necesitaría enviarle vino al día siguiente. Pero sabía también que se había roto el hielo, que serían amigos. Hoy era Goldmundo el que precisaba de él y el que recibía sus servicios. Mañana quizá fuese él el débil y el necesitado de ayuda y de amor. Y si ese caso llegara, podría recibirlos de este muchacho.